

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCIÓN: CALLE DE VICTORIO, 53.—PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES.—NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

AL DIA

LOS ARBOLES Y EL AGUA

Si como nosotros, lector querido, eres amante de los árboles y el agua, si admiras la campiña, las montañas, el cielo limpio, el aire sutil sano y diáfano, siguenos imaginativamente en nuestro viage y penetra con nosotros... ¿en dónde? en un vetusto pueblo de Toledo, ó de Ciudad Real, ó de Albacete, ó de Burgos, ó de León; asomemos desde la ventana ó balcón de la habitación que nos han destinado en nuestro alojamiento y columbraremos la llanura infinita, rojiza, seca, monótona, desamparada; una sola obsesión, abrumadora, tenaz, pesa sobre nuestro espíritu agobiado al contemplar aquella aridez. ¿Cómo vive esta gente de España?—nos preguntamos. —¿De qué modo es posible vivir en estas ciudades muertas, tétricas, y en éstos campos sedientos, exhaustos? ¿Qué iniciativas, qué energías, qué audacia, qué impulsos de grandeza pueden sugerir al espíritu éstos horizontes limitados, desesperadores, de las tierras rasas y polvorientas? Y entonces nos percatamos de que hay dos cosas esenciales en la vida de las naciones,—los árboles y el agua—y que no será posible llegar á la regeneración de un pueblo sin comenzar por hacer surgir en él, éstas dos cosas, haciéndolas amar á los niños, los hombres del porvenir.

Y aquí estriba precisamente el problema, por lo que respecta á nuestra patria. ¿Creéis, acaso, que ésta es obra que de súbito puede realizar el Estado? ¿Cómo se podrá desarraigar de nuestro pueblo este odio centenarío, inconsciente, feróz contra el árbol y contra el agua, que es el inri de España?

Abremos las *Relaciones topográficas*, ordenadas por Felipe II, repasemos las contestaciones que los Cabildos dan al cuestionario oficial, leamos lo que escribía el notable hispanólogo D. Guillermo BaWies en su «Introducción á la historia natural y á la geografía física de España», copiamos lo que en 1855 escribe el crítico inglés, Richard Ford, autor del concienzudo «Handbook for travellers in Spain».

«El suelo central de España, fuertemente impregnado de salitre y seco siempre, se vuelve más árido cada vez por la castellana antipatía contra los árboles», y por último recordaremos que en 1862 D. Fermín Caballero en su «Tratado de la población rural», hace constar, *la guerra sin tregua que los castellanos hacen al árbol*, con el que comprobaremos el rencor tradicional que se le tiene al árbol.

Esta es tradición castiza, neta, innegable, francamente española en lo que atañe al árbol, la trayectoria ha quedado trazada. ¿Haremos lo mismo respecto al agua? ¿Tendremos que tronchar en flor las ilusiones de tal cual

jóven político hidráulico, haciéndole ver que, aunque se cruzaron de canales las mesetas, éstos canales no servirían para nada? «No hay casa más común—dice Jovellanos en su «Informe sobre la ley agraria»—que las quejas de los colonos situados sobre las acequias y canales de riego recientemente abiertos.

«No sólo se quejan de la contribución que pagan por el beneficio del riego, «si no que pretenden que el riego esterilice sus tierras.» Y tales pretensiones se traducen luego á luego en una realidad dolorosa. ¿Se sabe que uno de los más necesarios canales españoles es el canal de Es-la? Desde el siglo XVIII venia acariciándose la idea de su construcción; se comenzó al fin, en 1865; se terminó en 1874; vá desde Benavente á Villamañán; abarca 43 kilómetros de longitud; tiene 25 compuertas de desagüe, 18 acueductos, 25 puentes de paso; 10 caídas de agua, 24 alcantarillas. Y bien, poco despues de ser construido este canal, «en 1879—escribe el Sr. Puig y Larraz en su «Descripción física y geológica de la provincia de Zamora», pág. 99; —en 1879, dos ó tres de los principales terratenientes hicieron aplicación de las aguas obteniendo excelentes resultados, visto lo cual, era de esperar que los demás se animasen á aprovechar semejante medio de asegurar sus cosechas: pero, lejos de ser así, en los años siguientes, «ni aún aquellos que habían experimentado las ventajas del rie-

go, se sirvieron de él», y en su consecuencia, tanto el canal como las obras que le son anejas han caído en un estado casi completo de abandono.» Y el autor de estas líneas, por si esto fuera poco, añade estas otras abrumadoras palabras, en perfecta concordancia con lo que Jovellanos afirma: «Para el vulgo de Zamora, es un principio axiomático que los riegos perjudican la generalidad de los cultivos.» ¿Hay ya bastante con esto? «Davia no, añadamos—y estos son datos del profesor Brunches en su estudio. «La irrigación en la península Ibérica.»—añadamos que el canal de Urgel—145 kilómetros de longitud—estuvo un año entero sin utilizarse cuando se terminó y que hoy los cuatro canales de la depresión del Ebro, pueden regar 188.138 hectáreas y sólo riegan 78.605...

¿Como redimir á este pueblo? ¿Cómo hacer que los montes, las llanuras, los valles, se pueblen de frondas amorosas y que las tierras sean empapadas por el agua fecundizadora? ¡Imaginai una tristeza más honda y descorazonadora que ésta de todo un pueblo negándose á su propia renovación y á su propia vida? ¿Podéis tener idea de la situación dolorosa de un hombre de recta voluntad inteligente, emprendedor, que se encuentra al frente del Gobierno y que se vé nue todos sus esfuerzos personales se estrellan, entre un indiferentismo punible y que sus iniciativas que pudieran solucio-

nar la crisis por que atraviesa España, tropiezan con la barrera insuperable de la falta de ilustración, que es en primer término á lo que deben atender nuestros gobernantes, pero precisa para la realización de esta empresa, la más acendrada abnegación y el fruto de nuestros esfuerzos repercutirá en esa entidad tan querida que se llama *Patria*, ó en otra cosa más perdurable que se llama *especie*.

Conocidos los anteriores detalles, no podemos exigir que la chusma callejera ame y respete el arbolado público, cuando el hombre es el primer enemigo de los árboles y el agua.

MINUTA

La protección caritativa de los niños tiene un vastísimo campo de actividad; desde el recién nacido abandonado en el arroyo ó en el torno de la Inclusa, hasta el que mama las enfermedades de su madre; desde el que se cria en el arroyo y vive de mendicidad, hasta el que aprende á vivir de hurto ó trabajo abrumado por una tarea superior á sus fuerzas, ¡quién es capaz de adivinar la infinidad de modos con que puede mortificarse y corromperse á un ser débil y desdichado por los fuertes, que no tienen compasión ni conciencia! ¡Cuántos hombres criminales no han sido niños infelices!

Concepción Arenal

FOLLETON DEL «DIARIO»

(NUM. 8)

LEYENDAS CORTAS POR VARIOS AUTORES

Cabeza ó Corazón

—POR—

L. L. OMEGA

Más por desgracia soy como todos. Si fuese usted fea y deforme como la hija de don Domingo, no pasaría el tiempo aquí con usted. Sí, tiene V. razón; en el día no se aprecia la virtud ni la hermosura, todo el mundo se doblega ante el dinero, y este domina el universo. La sociedad ha trastornado las leyes de la naturaleza; si uno no tiene abundante oro, se le desprecia, y si cuenta por millones, todos le adulan y ensalzan... El ejemplo está en mi mismo; si yo me casara con la mujer más fea del mundo, todos me

felicitarían, siempre que fuese muy rica; y en cambio, si me casara con la mujer más linda, pero que tuviese la desgracia de ser sirviente, nadie me miraría á la cara, ni aún mis hijos podrían casarse en mi propia esfera. Si, no cabe duda; el mundo es injusto, necio y despreciable!

—Sin embargo, tenemos que tomarlo como lo hallamos—respondió Conchita.

—¿Que raro me parece que viva V. tan satisfecha, siendo digna de poseer los millones de Rothschild y de casarse aun cuando fuera con un príncipe, no pasar la vida trabajando como una esclava!

—No es mucho el trabajo que hay—contestó la jóven,—y estoy muy contenta en esta casa. Quizá no encontrara otra en la que estuviera tan á gusto.

—¿Y piensa V. posar así toda su vida?

—¿Ya lo creo! ¿Qué remedio me queda? Pero basta ya, no hablemos más de mí—continuó Conchita fingiendo alegría.—Lo que le aseguro á V. es que no olvidaré nunca que siendo V. todo un señor marqués, se dignó ayudarme cierta tarde en la cocina.

—Siento no poder convencerla á V. de que se merezca otro destino... Pero me voy. ¡Adios! No olvidaré yo tampoco mi visita al Sr. Orzogoitia.

Conchita estaba en pié reclinada contra una silla; y cuando oyó estas palabras clavó sus magníficos ojos en el semblante del jóven y le dijo encarecidamente:

—Caballero, no se vaya V. sin conocer á D. Domingo. Quiero que venga V. mañana á comer con ellos.

—¿Y de qué me sirve venir si no he de ver á V? Tendré que estar en la sala y no me será posible saludarla siquiera.

—Deme V. palabra de venir y yo le prometo en cambio que nos hemos de ver.

—¿Querrá V. acaso probarme lo bien que sabe V. guisar? ¡Es imposible! La comida me ahogaría al pensar que V. era la cocinera y que yo me alimentaba con lo que tanto trabajo le había costado á V. condimentar.

—Sin embargo, venga V., pues yo se lo pido por favor.

Se oyeron voces en el pasillo, y Conchita añadió apresuradamente:

—Ya vienen. Váyase V. pronto. Hasta mañana.

Cuando D. Domingo volvió aquella noche de las minas esperábase la contestación del señor marqués aceptando su invitación para el día siguiente; pero antes de que la carta llegara á su destino, el jóven aristócrata habia abandonado el pueblo.

Comprendía que era necesario apartarse de aquel sitio hasta la hora de presentarse en casa del rico minero; pues de no hacerlo así temia verse arrastrado por una fuerza irresistible á aquella encantadora cocina.

—Es lo mismo que si me hubiera enamorado de una reina—se decía.—Una corona real no sería mayor obstáculo que lo es su delantal blanco.

Las veinticuatro horas que estuvo ausente del pueblo las pasó rabiando. Todo le parecia peor que otras veces; el calor le sofocaba; molestábase la gente, se sentia incomodado con su amigo por haberle enviado allí; incomodado también con Conchita porque no era la hija de D. Domingo; con la hija de D. Domingo porque no era la esposa, y te-

